

MORFOLOGÍA DE LOS PUEBLOS DEL CAMPO DE CARTAGENA, NUEVA PERSPECTIVA

Francisco J. Flores Arroyuelo

RESUMEN

Tras la descripción histórica del Campo de Cartagena, se centra en el estudio histórico de la geografía del mismo que comenta con particular atención a la imagen que cada núcleo de población ofrecía antes del trasvase. Se subrayan las modificaciones posteriores como elemento de comparación.

ABSTRACT

After the historic description of the Cartagena Field, the author studies the political geography of the same. He attends very carefully each image of the villages before the construction of the waterway from the river Tajo to the river Segura in the sixties. The later modifications are emphasized.

En la antigüedad, el amplio espacio que comprende el levante meridional de la península Ibérica, desde la ciudad de Cartagena hacia el norte, fue conocido por *Campus spartarius*, lo que unido al emplazamiento de esta ciudad en el litoral del Mediterráneo, su proximidad a las sierras mineras, y las condiciones óptimas de su puerto, hizo que fuese el lugar de salida de estos productos, recibiendo por ello el sobrenombre de *Cartago Spartaria*.

Dicha extensión, por lo que dejaron dicho algunos autores, como Plinio el Viejo en su *Naturalis Historia*, era superior a los 30.000 pasos de anchura por 100.000 de longitud, lo que vendría a dar una superficie superior a los 6.500 kilómetros

cuadrados, y ello en cuanto a su posible explotación, pues más allá de dichos lindes quedaban amplias tierras de atochales, que por su distancia respecto a los caminos que llevaban a la costa, hacía poco aconsejable¹ y hasta poco menos que imposible su explotación, aunque nunca llegase a estar completamente desprovista de asentamientos humanos como ha evidenciado la arqueología².

Más adelante, en los siglos medievales, y refiriéndonos a la llanura que se abre desde Cartagena por el N para girar de O a E, con la sierra de Carrascoy, del Puerto, Cresta del Gallo y de los Villares-Columbares hasta la de Escalona, y ya continuar por la línea de costa comprendiendo la albufera del Mar Menor, y por el S el Alto de la Muela y de la Fusilla, recibió los nombres de Campo de Murcia y Campo de Cartagena tomando como línea de deslinde entre ellos el trazo de la rambla del Albujión, aunque andando el tiempo para llegar ya a nuestros días, ha terminado por quedar dominante la primera de dichas denominaciones: la del Campo de Cartagena.

La principal característica de esta planicie del Campo de Cartagena en leve pendiente hacia el mar, siempre ha sido la de ser sumamente árida, —con un índice de 65—, como consecuencia de poseer un clima semiárido mesotérmico que sólo en parte es suavizado por la influencia constante de aire marino, para quedar con una temperatura media próxima a los 12° en los meses de invierno, en los que no faltan días con temperaturas mínimas de 3° a 7°, y sumamente calurosos los de verano lo que hace una temperatura media anual sobre los 15-17°. A ello debemos añadir una pluviosidad escasa que muchos años no llega a los 300 mm, siendo en las etapas equinocciales, los meses de octubre y abril, en los que se dan las mayores precipitaciones, y así mismo una insolación anual de más de 3.000 horas, todo lo cual redundaba en una gran evaporación³.

Con tales condiciones climáticas sostenidas durante los últimos siglos, la vida de la reducida población que habitó estos campos, se desarrolló en caseríos dispersos y en contadas aldeas, que solían tener aljibes comunes, dichos de *media naranja* o pozos de aguas precarias y de gran salinidad, y sostenida en una economía de explotación de la agricultura cerealista (cebada, avena y en menor proporción de trigo), así como de plantaciones de olivos, garroferos y almendros, y chumberas, así como de caza, que era abundante, y que se hacía a palos la de los conejos, y en la costa de la pesquería que era copiosa y que solía hacerse de noche para que pudiera llegar a lo largo del día siguiente a Murcia. Por otro lado, tenía gran importancia la ganadería caprina y lanar que aprovechaba los pastos de invierno. Por otro lado,

1 Juan Vilá Valentí *et illi*, «El *Campus spartarius*», en *Estudios de Geografía de Murcia*, Murcia, 1982, pp. 9 y ss.

2 Antonio J. Murcia Muñoz, «Poblamiento rural romano en el Campo de Cartagena: el tránsito de los siglos II al III d. C.», en *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vol. 4, Cartagena, 1997, pp. 221 y ss.

3 Carmelo Conesa, *El Campo de Cartagena. Clima e hidrología de un medio semiárido*, Murcia, 1990, pp. 23 y ss.

podemos reseñar la presencia de agua, en cantidad limitada, en Lobosillo⁴ y Fuente Álamo.

Hubo que esperar al siglo XX, y a la década de los años 50, para que el Campo de Cartagena, y sólo en una regular proporción, pasase a ser redimido al ser posible extraer significativos aportes de agua del subsuelo, pues ello, y a pesar de su salinidad, permitió la implantación y explotación de nuevos cultivos, como los de diversas hortalizas entre las que no faltó el pimiento de bola para el pimentón, el algodón, los cítricos, el melón y la sandía, etc. Y con ello la llanura se fue colonizado tanto en su caserío disperso, una vez que fueron reacondicionados junto a otros nuevos, lo que dice de un notable aumento de su población y de un cambio en cuanto a la configuración de sus pueblos.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, con la llegada de las aguas del trasvase Tajo-Segura al Campo de Cartagena, la transformación llevada a cabo, por lo menos hasta el nivel marcado por ciertas cotas, ha sido determinante en su fisonomía, a lo que hay que añadir ya en nuestros días, se guste de mejor o peor grado, o se rechace, la presencia de urbanizaciones que hasta hace muy poco tiempo no habría pasado de ser más que una realidad imposible de imaginar.

Y como consecuencia fatal y reductora, o mejor empobrecedora, bien propia de la sucesión más o menos precipitada y más que desordenada de las transformaciones señaladas, es que los elementos en que podía haberse apoyado la memoria para decirnos de la vida que en ella fue posible junto a ser las que eran propias de esta llanura, pasaron en un primer momento a difuminarse para, más adelante, quedar casi borrados, y por último perdidos en su mayor parte, siendo hoy su búsqueda un trabajo que más tiene de arqueología que de quehacer puramente etnográfico.

Si reparamos en algunas de las pocas referencias que tenemos de sus lugares en épocas pasadas, como encontramos en la *Descripción corográfica de la provincia de Cartagena* del franciscano Fray Pablo Manuel Ortega, editada en 1740⁵, cuando trata del espacio comprendido entre la ciudad de Cartagena y la rambla del Alujón, vemos que se nos dice que en él solamente aparecen cuatro *lugares formados*, o lo que es lo mismo que decir cuatro aldeas, aunque lo hiciesen junto a un gran número de caseríos que aparecían dispersos en la llanura, bien *sueltos* o *agrupados de cinco o seis*, siendo éstos, dice, *innumerables*, lo que le lleva a calcular que dicho espacio estaba poblado por unos dos mil vecinos. También señala este franciscano que es *cosa digna de admiración* ver la numerosas sendas, caminos y veredas *que cruzan para dichas casas y poblaciones, de manera que parece un laberinto*.

4 Sobre el problema del agua en Lobosillo, ver Manuel Sánchez Martínez *et alii*, *Lobosillo. Memoria etnográfica de una localidad del Campo de Cartagena*, Murcia, 2006.

5 La noticia bibliográfica en José Pío Tejera y R. De Moncada, *Biblioteca del murciano o Ensayo de un Diccionario biográfico y bibliográfico*, T. II, Madrid, 1941, pp. 475 y ss. Ver Fray Pablo Manuel Ortega, *Descripción corográfica*. Murcia, 1994, realizada sobre el manuscrito original por José Ortega Lorca. pp. 158 y ss...

Y ya, pasando a describir de manera sumaria los cuatro lugares, precisa el padre Ortega que son los llamados: Fuente-Álamo, Pozo-Estrecho, La Palma y Alumbres, precisando que los frutos del campo que se recogen son trigo, cebada, una reducida cantidad de vino, y algún aceite. Y respecto al número de vecinos de dichos lugares lo fija en unos cincuenta en los tres primeros, mientras que por lo que respecta al cuarto, Alumbre, del que dice que suman unos trescientos, precisando que se había poblado mucho en los últimos veinticinco años, siendo su dedicación en mayor parte al comercio por los centros mineros y la ciudad de Cartagena. Y junto a ello hizo mención del convento de san Ginés de la Jara, centro espiritual de dicho campo.

En cuanto a Fuente Álamo se extiende diciendo que era un lugar cuyo término se regía administrativamente por anualidades entre Murcia, Cartagena y Lorca, por coincidir en el vértice de dichas demarcaciones, así como que dicho pueblo tenía su asiento en las proximidades de una gran laguna a la que iban a dar las agua de una fuente, lo que hacía que por no tener éstas un aliviadero o salida natural hacía que dicha alberca incidiese en que Fuente Álamo viniese a ser un *sitio muy enfermo*, lo que a su vez tenía como consecuencia que su población creciese y disminuyese constantemente, por lo que añade que, *aquella población más parece un agregado de pobres cortijos que lugar en forma*. Y ya continúa apuntando que aunque el terreno era de gran aridez, *con todo eso, el año que logra abundantes lluvias rinden con exceso aquellas tierras, bien que suelen ser los menos. Sus frutos son: trigo, cebada, garbanzos y barrilla, con algún vino, pero éste de generosísima calidad*.⁶

De dicho texto obtenemos una información, que aunque escueta, sirve para que podamos destacar algunas observaciones valiosas, como es que dicho Campo, desde la antigüedad, ha sido reconocido como sumamente sediento y devastado, aparte de que junto a dichos pueblos, se encontraba ocupado por numerosos caseríos que estaban unidos por una red de caminos, lo que le daba un aspecto intrincado y laberíntico para el que por primera vez se adentraba en él.

Todo lo cual nos conduce a que el Campo de Cartagena⁷, y junto a él el dicho de Murcia, al carecer de agua hasta para las más acuciantes necesidades, desde hacía siglos, había permanecido enquistado y vuelto hacia sí mismo impidiendo con ello una posible evolución y desarrollo, y que sólo ha sido posible hace relativamente pocos años en que la deseada traída de agua desde grandes distancias se hizo realidad, y tanto para dotaciones domésticas como para las puramente agrícolas.

6 Fran Pablo Manuel Ortega, *Descripción...* Ed. cit, p. 97.

7 Uno de los reparos y reservas que siempre se puso al puerto de Cartagena, al que por otro lado en todo momento se le reconoció las condiciones naturales que ofrecía de gran seguridad, estaba la carencia de agua, llegándose a dar el caso de que en tiempos de la monarquía española del rey Felipe II, las galeras de la armada real dejaron de invernar en él, como vemos que sucedió en 1564, quedando comprometido su Ayuntamiento para que en años sucesivos, en caso que faltase para las dotaciones de los buques, traer el agua en carros de una fuente relativamente próxima, posiblemente de la Fuente Santa. Alfredo Morales Gil, *Agua y territorio en la Región de Murcia*, Murcia, 2001 pp. 161 y ss.

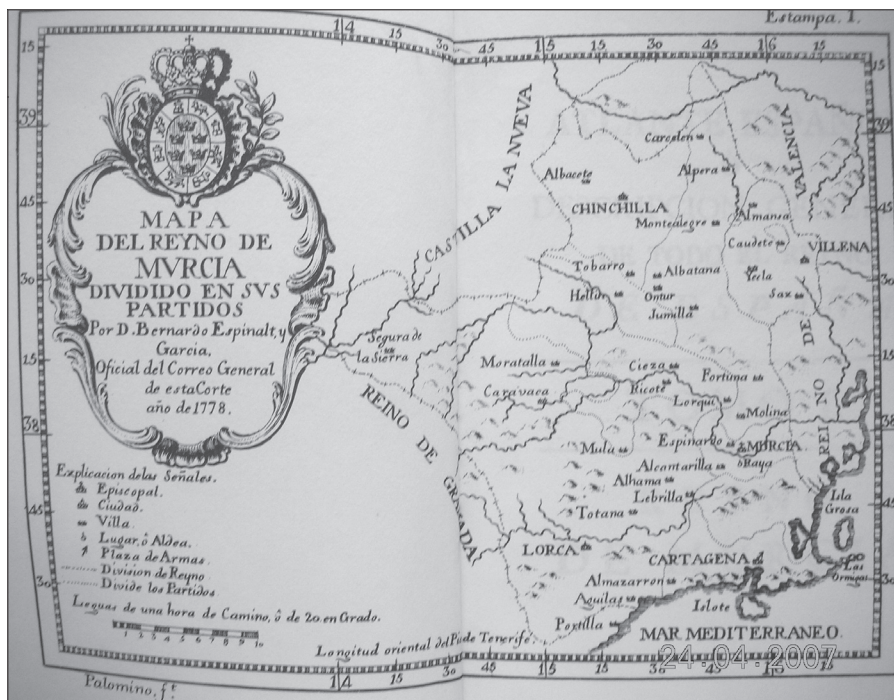
Aunque por otro lado sabemos que en la segunda parte del siglo XVIII y comienzos del siguiente la agrupación de caseríos, señal inequívoca de la puesta en explotación de grandes superficies vino a multiplicar los topónimos, como Sucina, Grajuela, Valladolides, Lobosillo, Balsicas, Corvera, Tarquinales, Avileses, Los Jerónimos, Roldán, Roda, D^a Lucía, el Ximenado, San Xavier, La Calavera, Cea y Truyol, Camachos, El Pintar... que sumaron unos 12.716 habitantes, es decir, la mitad aproximadamente que en ese mismo tiempo tenía la huerta del Segura en su demarcación murciana. En cuanto a los pobladores de los caseríos relacionados con la agricultura, tenemos que en San Xavier, había 32 labradores, 47 jornaleros, 4 sirvientes, 4 pastores, 1 arriero, y ningún hortelano⁸.

Pues dejando a un lado los diversos y sucesivos trasvases que se idearon y hasta proyectaron desde el siglo XVI, pues pronto vinieron a tropezar con las condiciones impuestas por la realidad de dichos siglos invalidándolos, hubo que esperar a 1913 para que se señalase la posibilidad de que fuese utilizado el caudal de las fuentes de Nerpío y Letur en el valle del río Taibilla, en la provincia de Albacete, para el abastecimiento de Cartagena, su arsenal y Base Naval, así como los ayuntamientos mancomunados, aunque todavía habría de esperarse a 1927 para que dicha iniciativa se impulsase de manera decidida desde el gobierno de la nación y se comenzase a ordenar y redactar un proyecto que habría de ser definitivo, junto a ser extensivo al campo de Lorca, y diversos pueblos de la Vega del Segura y parte de la provincia de Alicante. Y con todo ello, solamente en 1956, año en que las obras quedaron terminadas para ser utilizadas, vino a hacerse realidad dicha solución al problema de la carencia de agua entrando en servicio la red básica de abastecimiento. En el año 2000 los municipios mancomunados sumaban un total de 79 con 1.900.000 habitantes beneficiados directamente, y por lo que respecta al Campos de Cartagena y la ciudad que le da nombre, las aguas suministradas llegaron a cubrir las necesidades de 1.160 Km².

Por contra, debemos hacer referencia también a un patrimonio que en gran parte se ha ido perdiendo de manera irreparable e injustificada en los últimos años, y ello a pesar de ser elementos caracterizadores de su paisaje, como tantos otros que tenían que haber sido considerados bienes propios de la Región de Murcia, tales como los molinos de viento, de los que se han salvado algunos con restauraciones más que curiosas, los pozos y balsas, así como los aljibes con sus formas rotundas... Elementos todos ellos que decían de soluciones en las que se conjugaban la imaginación con un esfuerzo que siempre contó con el auxilio de la esperanza.

Junto a lo dicho por el Padre Ortega podemos observar que una buena parte de su toponimia, junto a la que hace referencia a los nombre de las diversas familias de sus pobladores, nos sirve para evaluar esta permanente contienda por lo que era

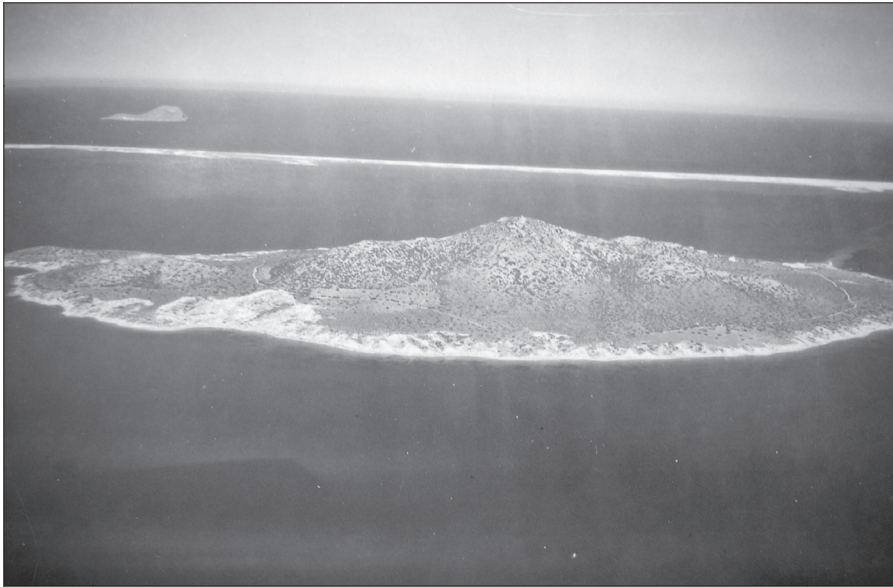
8 Fernando Jiménez de Gregorio, *El municipio de San Javier en la Historia del Mar Menor*, Murcia, 1957, p. 134.



la conservación del agua, como Balsicas, Pozo Estrecho, La Molinera y Carreón del Molinete, Las Molinetas en Torre Pacheco, Balsa Grande (San Javier), Balsapintada, La Balsa (Fuente Álamo), Las Balsetas, La Poza, Pozo Dulce, Pozo Alto, Pozo Hondo, Pozo Nuevo, Pozo Salado, El Pozo Viejo, Ejido del Pozo, La suerte del Pozo, Los Pozuelos, El Boquerón, Cuatro Fuentes, Fuentes Viejas, Fuente Redonda, Fuente Cuba, Fuente Amarga, Fuente Chiquita, Fuente Seca, La Fuente. Río Seco (La Aljorra), El Charco...⁹

Por otro lado debemos aproximarnos a la cartografía de siglos pasados, donde podemos constatar la escasa presencia de pueblos y aldeas en la referida al Campo de Cartagena. Así, en el *Mapa del obispado y reino de Murcia*, de Thomas López, impreso en 1768, tenemos la ermita de San Javier, Calavera, Pacheco, Jimenado, Pozo Estrecho, Balsapintada, Palma, Alcázares, Alumbres, La Magdalena, no faltando otros en los que dichos topónimos quedan reducidos a dos o tres, e incluso ninguno, como el de Bernardo Espinat y García de 1778 (Fotg nº 1).

⁹ Ver Antonino González Blanco e Inmaculada García García, *Repertorio alfabético de la toponimia de la Región de Murcia*, Murcia 1998.



Sin duda alguna, durante siglos, las aldeas relacionadas, debieron ser pequeñas agrupaciones de caseríos de los que, tal como dice el padre Ortega, solamente Fuente Álamo, Pozo Estrecho, La Palma y Alumbres contaban con parroquias y curatos propios, así como que en la primera había un convento franciscano.

Más hoy, junto a estos más que limitados datos, contamos con unas referencias sumamente ilustrativas como son las que nos ofrecen las fotografías que poco a poco van saliendo de algunos de los archivos, como el de la Academia General del Aire, y que quedan comprendidas entre los años 1930 y 1950, o las del vuelo de Ruiz de Alda.

De las primeras, además, contamos con que no hace muchos años, en 1991, fueron publicadas en una edición sumamente restringida que estuvo al cuidado de Manuel Muñoz Zielinski, y de la que me cupo en suerte prologar, lo que me dio ocasión para destacar la riqueza documental que representaba la nueva perspectiva que ofrecían, una perspectiva inédita, dicha a vista de pájaro, que llevaba a conocer plásticamente una Murcia lejana, y en ella amplias extensiones y pueblos del Campo de Cartagena, que las hacía sumamente reveladoras, al mismo tiempo, de un mundo perdido que fue posible sobre aquella naturaleza que había permanecido aquietada durante siglos¹⁰.

10 *Imágenes de Murcia (1930-1950)*, Murcia 1991. Edición al cuidado de Manuel Muñoz Zielinski. Prólogo de Francisco J. Flores Arroyuelo.

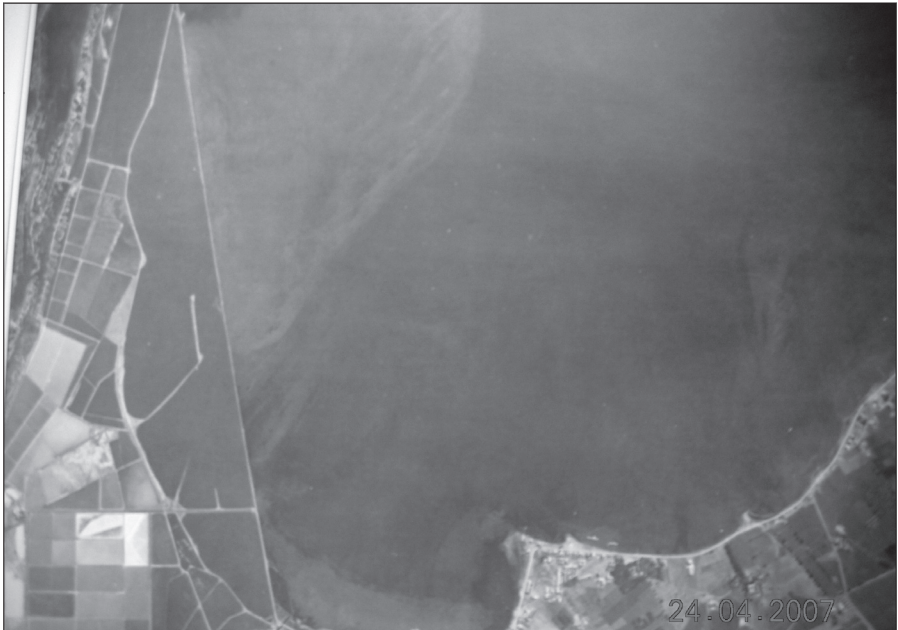




Si reparamos en las que muestran la ciudad y el campo de Cartagena, nos encontramos con las de la ciudad cantonal en 1935 y 36, para pasar a las de la bahía de Portman y las de la sierra minera realizadas en 1933 y 1934, así como una del Mar Menor de 1936 en que aparece sin la menor mancha de cemento la restinga de arena de la Manga (fotg. 2).

En la que aparece Cabo de Palos, de 1934, podemos observar, aparte del faro y algunas instalaciones de comunicaciones, el caserío de pescadores y su naturaleza volcánica, En otra de 1935, de Los Alcázares (fotg. 3), podemos observar lo que era el caserío del pueblo y la playa a la que concurrían de los más diversos lugares de la Región los murcianos para tomar los nueve baños rituales de aguas de mar, en la celebración de la llamada Fiesta del Mar, lo que ya había hecho que tuviese una línea de costa ocupada por casetas de madera que estaban acondicionadas para poder pasar una población flotante los meses de estío, así como un gran balneario.

Gran interés muestra la de Balsicas (fotg. 4), de 1950, donde aparecen las instalaciones del apeadero del ferrocarril que hizo construir el general Ros de Olano en tierras de su propiedad a mediados del siglo XIX, y en su extremo superior, a la distancia de un kilómetro aproximadamente, el reducido caserío de dicha aldea que se había formado en torno a unas balsas que posibilitaban el riego de una reducida







superficie así como el amparo de una posada. Por otro lado, podemos observar en dicha fotografía una visión panorámica del campo con sus caseríos dispersos provistos de corrales, entre los que destaca el de dicho general o Casa Grande, con su aspecto de casa fuerte, y en la que no falta su torre. Estamos ante una realidad agraria en la que aparecen plantaciones de almendros y algarrobos muy espaciados entre sí, así como grandes áreas destinadas al cultivo de los cereales.

En la de Torre Pacheco (fotg. 5), de 1950, nos encontramos con un pueblo crecido en torno a su parroquia, que debe su aparición en la llanura por ser una encrucijada de caminos, lo que a su vez lo estructuró sobre un desarrollo radial. Junto a ello, podemos ver plantaciones de arbolado junto a tierras destinadas a cereales, y a caseríos de amplios corrales en los que no faltan grandes balsas circulares, lo que nos dice de la existencia de una explotación de las aguas del subsuelo.

En la de San Javier (fotg. 6), de 1935, podemos observar el paso del camino que procede de Balsicas-carretera del Cartagena-Murcia, y otras vías de comunicación menores, así como la iglesia parroquial, que ya en el siglo XVIII sustituyó a la ermita levantada en el siglo XVI, y en torno a la cual se fueron levantando diferentes casas en las que no faltó una posada. La formación del pueblo es la propia de la urbanización de aquel siglo, con calles trazadas a cordel que a su vez iban ordenando las manzanas de casas en las que quedaban los corrales comunales, así como una amplia plaza ante la parroquia. Los caseríos del campo aparecen distanciados y dispersos, entre grandes plantaciones de almendros y algarrobos.

De gran interés también es la de La Puntica, o Lo Pagán (fotg 7), de 1936, con un mínimo caserío de casas de veraneo junto a los netamente agrarios, y una visión extraordinaria de las balsas de las salinas dichas *El Salero*. E igual sucede con la de Santiago de la Ribera (fotg. 8), de 1935, con una primera línea de casas frente al mar, o la de la Torre de la Horadada (Alicante) (fotg. 9), con su torre faro, de 1950.

Gran perspectiva ofrece la de El Pilar de la Horadada (Alicante) (fotg. 10) y Cabo Roig (Fotg 11), ambas de 1950, siendo la primera un emplazamiento propio de un cruce de caminos cuyos moradores se dedicaban a la agricultura en tierras que se repartían en parcelas de plantaciones de árboles y de cereales, y en las que los caseríos quedaban como sus núcleos, pudiéndose percibir que casi todos ellos contaban con sus eras, y la segunda una muestra de la naturaleza de la costa mediterránea, hoy irreconocible.